

ct

Léope, una tragedia de interior

de
Fernando Campaña

(fragmento)

PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN:

Periménete, *diosa*.

Léope, *señora de la casa*.

Coro de jóvenes patricias de Corinto.

Un Mensajero.

Un Sirviente.

Un Capitán.

PERSONAJES MUDOS:

Mirgissa, *esclava nubia*.

Sirvientes, soldados.

Sala de una finca de Corinto. La diosa Periménete.

PRÓLOGO.

PERIMÉNETE

Soy Periménete, diosa de las esperas que por capricho de los hados se prolongan más allá de lo sensato, protectora de los que aguardan pacientes y benefactora de los que defienden la pequeña llama de un anhelado retorno contra los impiadosos vientos del olvido. Y aquí, en la bella Corinto, he debido afincar mi morada desde el día aquel en el que las puntas de los mástiles de la orgullosa flota desaparecieron tras la fina línea del horizonte matinal en busca de acrecentar su gloria. Mis afanes fueron necesarios en cada rincón de la orgullosa y entristecida ciudad. Un hijo, un joven prometido en matrimonio, un viril esposo o un sabio y recto padre; en cada casa se instaló la ausencia, y también la veleidosa esperanza. Algunos soportaron la prueba con estoica firmeza, pero a pesar de mis desvelos hubo quienes terminaron sucumbiendo a las fatales tentaciones de la impaciencia.

Esta es la casa de Léope, hija de Padmo y de Áfasis, hermana de la malograda Éfane; un linaje que se remonta sin dobleces hasta el mismo Aletes, el dorio. Modesta y piadosa, Léope a su hombre espera, tal vez en el límite mismo de sus menguadas fuerzas. Y su vacilación es causa de mi particular dedicación y presencia, aún cuando vengo a dar por fin postrer servicio, pues mi corazón me indica que mi descanso está cerca. Quedarán tal vez aquí antiguas deudas que mi ciencia ignora, ya que cada dios hace de sus asuntos materia privada para los otros, aunque todo lo conoce Zeus, que el universo ordena.

Y aquí llega Léope, orgullosa dueña de esta regia casa y con ella, a modo de tierna compañía, lo más granado de las patricias familias que esta sociedad componen.

Mientras la diosa sale, desde la izquierda entra Léope acompañada por el Coro de jóvenes patricias de Corinto. Léope se apoya en un pequeño balcón que da a la calle.

PÁRODOS.

CORO (*Entrando.*)

Promedia la tarde y aquí de nuevo estamos para con cantos y gracias distraer la espera que en largas horas la digna Léope acumula esperando al soldado que su corazón llevó allende los mares hace un largo tiempo hoy dejando tálamo y esposa sin consuelo ni calor.

Nuestras familias mucho insisten que vengamos para contagiar de buena alcurnia nuestras cunas, y nada nos complace más en cualquier día que gozar unas de las otras la dulce compañía, pero son nuestros mundos, oh señora, tan distintos que ya sólo con llegar el mudo tedio nos abrumba.

Hilaremos mucho, diestramente y sin palabras conversando en un secreto lenguaje de miradas siempre dispuestas al amable gesto que sugiera que pendientes estamos de su voz y de sus cosas aunque las horas se estiren y nos convoquen fuera donde la vida sigue y nos reclama, voluptuosa.

El Coro se sienta en corro y comienza a hilar.

PRIMER EPISODIO.

LÉOPE

No se preocupen, aquí estoy bien. Quiero sentir el calor del sol y los rumores de la calle. No importa si alguien me ve desde abajo. Pensará que estoy contemplando la estrecha calle que baja al puerto, y no se equivocará demasiado. Tal vez hasta un día lo visite. Sé de algunas que lo han hecho, buscando las últimas huellas de sus hombres en el muelle.

No se rían, por supuesto que podría. En mí todo es virtud, ustedes lo han visto. Las pocas, poquísimas veces que salgo sin compañía, un aura de veneración me protege. Y todos me saludan con respeto, cada cuál a su manera y de acuerdo a su rango y posición. Tal vez debería decir “nos” saludan, porque la mujer del héroe es uno con él, como los dioses con sus estatuas.

CORIFEEO

No lo dudes, noble Léope. La ciudad toda te ampara y reconoce, y no hay lugar donde tu figura no sea de inmediato respetada en sumo grado; tal es la gratitud que mereces y que apenas tu generosidad compensa.

LÉOPE

A veces me parece detectar un dejo de amorosa piedad en los saludos, pero lo que prevalece es la cortés reverencia, la Institución. Una ciudad con héroe reluce de gloria, pero es una gloria cruel para las que nos quedamos atrás. Tarde o temprano terminamos entendiendo que todo estará bien mientras gaste sus días guerreando feroz en tierra extraña o hasta que lleguen hasta aquí las luctuosas noticias que lo vestirán de mármol para ofrendas y libaciones. Los regresos pueden llegar a ser... incómodos.

CORIFEEO

Dura y ejemplar es la vida de quien en todo se brinda.

El Coro sigue hilando un rato en silencio hasta que va deteniendo el trabajo, como quien ha terminado.

LÉOPE

Perdón, me distraje. No se inquieten, estoy bien, es sólo este sol. No recuerdo haberlo sentido tan tibio. Parece que había olvidado cuánto la piel lo necesita. Espero que no se trate del frío de la vejez reclamando un calor que el cuerpo ya no tiene. Espero que no.

¿Han notado cuántos rumores vienen de abajo? Decenas de voces mezcladas y fundidas en un solo murmullo. ¿De qué hablarán? Lamento tanto que callen cuando paso.

Hay momentos en los que trato de imaginar sus vidas, desordenadas y revueltas en la euforia de lo cotidiano, consumidas como brasas en una sucesión de momentos triviales, alegres como polillas frente a la vela que las devora. A veces hasta...

Velas, brasas, soles; demasiadas llamas para tan plácido auditorio. No se inquieten, todo está bien.

El Coro retoma el hilado en silencio.

¿Alguna me haría el favor de abanicarme? El sol me sofoca pero no quiero dejarlo. Sólo un poco, aquí, en el pecho. Si mi piel enrojece quedará la marca del collar que nuestro héroe me regaló en el momento mismo de su partida. Una a una, sus finas cuentas dibujadas. Volver a sentirme marcada por él...

Ya es suficiente. Nada bueno encontraremos prestando oídos a los melodiosos cantos de las sirenas. Cerremos los postigos y dejemos el mundo afuera. Que la casa retome su fresca y noble placidez.

¿Escuchan? ¿Cómo es que los rumores no se apagan con las cortinas? ¿Ha sido así siempre? ¿Qué tiene de extraño este día? ¿Es que no van a callarse nunca?

¡Ya basta por hoy! ¡Cada una a su casa y a sus cosas! Demasiado espectáculo he dado ya con tanta perturbación. Sean discretas y serán bienvenidas mañana. ¡A sus casas!

El Coro se retira a un costado.

CORIFEO

Una prudente decisión. Lejos están las jovencitas de interpretar con adecuado tino los dichos de sus mayores. Nada hay de oscuro en sus corazones, y te quieren bien, pero el equívoco anida fácilmente en los espíritus juveniles.

LÉOPE

Todo es tan sencillo para ellas, tanto como lo fue para mí. Obedecer entre mohines de fingido descontento, reír como cascabeles y correr entre delicados tules. Eso es todo lo que de una niña se espera hasta merecer que la arrastren de los pelos hasta el lecho. Y recibirán su justo pago, claro que sí: algo de frenética felicidad y algún hijo con que entretener los años. Y luego guerras, luchas y rebeliones en lugares de los que ni el nombre es dado pronunciar sin torturar la lengua. Una suave soledad, no mucho más.

(Alza la voz.) ¿Habrá alguien que me traiga un poco de música? ¡Que venga Mirgissa con su instrumento! ¿Me escuchan? ¿Es demasiado pedir ser obedecida al momento? ¿Habrá que esperar a que la cháchara del vulgo me vuelva loca?

Entra una esclava nubia con una lira. Comienza a tocar.

¡Más fuerte! ¿Son tus dedos los mismos que los de ayer? ¡Quiero que me inundes hasta aturdirme, mujer!

Mirgissa la mira confundida y tañe las cuerdas con más fuerza.

¡Ya basta! ¡Fuera!

¡No! ¡Quieta ahí!

No tiembles, no soy tan cruel como para descargar mi ira en quien no la merece. No, tampoco toques. Sólo quiero verte. Tu raza engaña, tienes más años de los que tu cuerpo sugiere. Son tus ojos los que te delatan, han visto tanto o más que los míos. Más, seguramente; ya no son los ojos frescos de una niña. Y no importa si entiendes o no cada palabra, no creo que mis tormentos sean un misterio para ti. Hemos vivido las dos, y... ¡Dioses! ¿Tan distintas somos? Es una maldita ilusión, somos la una tan esclava como la otra. Y no hay nada sobre este ancho mundo que lo modifique. ¡Nada! Tan cierto es que un día sigue al otro como que ambas seguiremos compartiendo nuestro destino hasta que...

Un sirviente se asoma tímidamente.

¿Acaso he llamado? ¿Es que ya no soy dueña de entretener mis horas como me plazca?
¡Fuera! ¡Nada me importan las minucias de la casa cuando por fin mi adormecido espíritu ha decidido hacerse oír!

CORIFEEO

Inoportuna interrupción, sin duda. ¿No habrá algún asunto de importancia que de tu particular atención requiera?

LÉOPE

¡He dicho que fuera!

El sirviente sale y Mirgissa se para como para seguirlo.

¡No, tú no! Hoy eres mi auditorio, y sólo tu mudez te protege de lo que has escuchado.

Sí, sé que no es respeto ni ignorancia lo que te calla. Tu precio debió ser más alto que el de otras muchas, con música o sin ella. La discreción se paga, sea por mérito o... por lo que sea.

¿Dónde estaban mis pensamientos? Parece que los dioses quisieran romper el fino hilván que enhebra mis ideas, como las cuentas de mi collar, ese mismo... ¡Esclavas! ¡La una tan esclava como la otra! ¡Esa es la luz fulgurante que reorientó mis pensamientos como el viento a una vela! Sí, esa era.

Sometidas ambas, esclavas ambas del mismo amo, y no hay fuerza capaz de liberarnos.

¿Por qué esa cara? ¿Decepcionada? Tal vez en tus sueños esperabas otra cosa. Hablaré por ti, dispensando por un momento las diferencias. ¿Qué te impide liberarme?, me dirías atronando mis oídos con tu tosca... lengua. Nada. Nada me lo impediría. En ausencia del dueño de esta casa soy yo la que dispone del destino de su hacienda. ¿Y qué harías si lo hiciese? ¿Correrías calle abajo hasta el primer bajel repleto de marineros borrachos que zarpe hacia esas tierras abrasadoras de las que dicen que vienes? ¿Correrías así, con esas gasas al viento, con esos muslos, con esos pechos de ébano lustrado? ¿Hasta dónde llegarías en tu carrera?

Y aún si llegases al muelle, el precio de tu viaje sería una cadena a un camastro inmundo. Y ya no más música, ya no más bailes nocturnos; no para quien elijas, por lo menos.

No seas tonta, no los escondas, y no bajas la vista. Los cascabeles en los tobillos no son un crimen, pero pueden ser una dulce cadena. ¿Lo son? No los traías cuando mi señor te trajo y no los llevas siempre. ¿Por qué hoy? ¿Para quién bailas en cada luna nueva?

No te sorprendas. Esta vida mía detenida entre el ocio y la espera me da tiempo para observarlo todo, aunque nada diga.

En esas noches tuyas el aire caliente sube desde el patio hasta mi ventana los ritmos bárbaros a los que te entregas, y a veces hasta me parece distinguir tus breves cascabeles entre los golpes obscenos de los tambores. Hasta hubo un par de noches sin brisa en las que llegó hasta mí el olor acre de una fogata. Poco me costó imaginar el brillo del fuego reflejado en tu sudor. Muchas veces has ocupado mis noches, algunas peligrosamente cerca de despertar mi odio, otras no. La mente juega de modos extraños entre las sábanas frías.

¡Toca, vamos! Rompamos este ahogo. Nada de esto es bueno para ninguna de las dos. ¡Toca!

CORIFEEO

¡Por lo que más quieras, toca!

Mirgissa comienza a tocar.

LÉOPE

¡Con firmeza! ¡Que Apolo restituya de una vez el orden y la cordura en este extraño día!

Ahora más suave.

Así, notas limpias y claras rebotando en los muros, ordenando el caos del mundo y de los hombres. Música para que el espíritu goce en la grata esfera de las cosas bellas, ese lugar sin carne ni dolor. El baile fuera del templo es cosa de cortesanas, y de bárbaras. El baile... corrompe a la música.

CORIFEEO

Recto y tranquilizador retorna tu juicio, noble Léope.

LÉOPE

¿Notas la diferencia? ¿Cómo quebrarías tu breve cintura con este suave trino? ¿Lo notas? Este es el néctar embriagador de nuestra refinada cultura. La polis necesita a su héroe y nos entrega a cambio los suaves acordes de la lira para compensar nuestra espera. Cada cuál tiene lo suyo. Todo lo demás... todo es...

¿Entiendes?

¡Ya basta! (*Mirgissa deja de tocar.*) ¡No me mires! ¡Es tu culpa! ¡Hay algo en ti y en tu raza que te impide lograr un arte que me conmueva! ¡Mis oídos se embotan y la calma no llega! ¿Qué extraña magia utilizas para pervertir ese instrumento maravilloso? ¡No juegues conmigo, porque...!

¡Divino silencio! Por fin han callado. ¿Escuchas? Mis sirvientes deben haber espantado a la chusma como quien corre a los pordioseros del templo. Nada debe importunar a la buena y venerable mujer. Su quietud es razón de Estado, y hay que dejarla sola. Sola con sus sombras.

Ahora que la tarde se lleva al día puedo apreciar la verdadera negrura de tu piel. Las sombras parecen comerte más rápido que a las otras cosas. Pronto será de noche, y tal vez decida retenerte aquí sólo para que compartas conmigo el vacío de las horas. ¿Habrá alguien que te extrañe? ¿Oiremos juntas los tambores mientras bailamos la una para la otra?

Deberías alegrarte de que la penumbra me oculte tu cara; estoy segura de que tu gesto te hubiera valido tantos azotes como notas has tocado. ¡La vieja se ha vuelto loca! ¿Estoy vieja? ¿Lo estoy? ¿Acaso no estoy ancha y mis carnes flojas? No nos es dado vernos sino a los ojos de los otros, pero puedo tocarme, impudicamente si me apetece. Y mis manos ya no perciben la turgencia de la juventud. La siento dentro, pero mi cuerpo ha seguido solo el camino de los años, abandonado y sin la ayuda del grato ejercicio del tálamo. Una yegua sin jinete se vuelve gruesa y mansa; majestuosa, pero inútil.

CORIFEEO

Mucho me duele oírte así, mi señora. Retorna pronto al sano juicio, antes de que lo irreparable se instale por no haber callado a tiempo.

LÉOPE

¡Dioses! ¿Qué extraño mal despertó en mí ese inmundo tinajero? Ni siquiera vi su rostro, sólo sus manos desmesuradas y nudosas, con las uñas negras de barro rancio. Y algo de sus brazos. Y un poco de su torso bajo la túnica basta. Sólo eso bastó. De haber sido una esclava hubiera bailado para él con todos los cascabeles de Corinto, pero soy una señora, y mi única licencia fue frotarme contra cada mueble de la casa rumiando obscenidades.

CORIFEEO

Dicho está, mas en privado se hizo. Nunca salgan de estas cuatro paredes pensamientos tan perturbadores, que permitidos están sólo en recogida soledad.

LÉOPE

¿Qué se hace cuando se acaban las palabras? Ya lo he dicho todo y ni me apaciguo ni me desboco, tensa como la cuerda de un arco que no se rinde ni dispara. Pura y vana amenaza, eterna víspera. Si esta es la respuesta a mis plegarias...

Se arranca el collar y las perlas se esparcen por el suelo ruidosamente.

Otro acto inútil. Ya ni sé qué extraños vientos mueven mis manos. O sí, pero como siempre el resultado es el inverso al buscado. Ahí donde creo romper una cadena, lo que logro es despojarme de lo único eternamente bello que me acompañaba. Y no te atrevas a tocar ninguna, o te marcarán la frente por ladrona. Sé exactamente cuántas son, he pasado noches enteras contándolas sin descanso. Y si la mañana me devuelve mi recto entendimiento seguramente lo querré de nuevo. Aterrada como estoy, espero con ansia ese...

Afuera suenan campanas y trompas.

¡El puerto! ¡La armada regresa!

CORIFEEO

¡Quieran los dioses que sea con bien!

LÉOPE

(Alza la voz.) ¡Aquí, antorchas! ¡Rápido!

Empieza a gatear desesperada por el piso buscando las perlas.

PRIMER ESTÁSIMO.

CORO

Ya ante nos, hienden las olas los recios barcos y su marinería.
¡Dioses, qué pocos vuelven, de tantos y tantísimos que eran!
¡Por fin nos llega el tiempo de ser dulces prendas de disputa,
vueltos los hombres a esta ciudad de ancianos y chiquillos!
Acudiremos bellas y modosas, afectando gentil indiferencia,
al rudo puerto para los ojos deslumbrar de los que llegan.